

LIBRO SEGUNDO.

DE LA CONQUISTA QUE HICIERON EN LA PROVINCIA DEL PERÚ DON FRANCISCO PIZARRO Y SU GENTE.

Ya tenemos dicho en el libro precedente cómo don Francisco Pizarro estaba en Panamá, habiendo vuelto de España, aderezando las cosas necesarias para la conquista del Perú, aunque don Diego de Almagro no proveía con tanto calor como solía de lo que era necesario, porque la hacienda principal y el crédito estaba en él; y la causa de su tibieza fué el descontento que tenía de que don Francisco Pizarro no le había traído ninguna merced de su majestad; pero en fin, dándole sus disculpas, se redujeron en amistad, aunque nunca los hermanos de don Francisco quedaron en gracia de don Diego, especialmente Fernando Pizarro, de quien él tenía la principal queja. En fin, Hernando Ponce de Leon fletó un navío que allí tenía á don Francisco Pizarro, en el cual se metió él con sus cuatro hermanos y la mas gente de pié y de caballo que pudo allegar, con harta dificultad, por la mucha desconfianza que tenían las gentes desta conquista, á causa de los grandes reveses que en ella había habido los años pasados; y él se hizo á la vela en principio del año de 31, y por ser los vientos contrarios tomó la costa de la tierra del Perú, mas de cien leguas mas atrás de donde la había de tomar; y así, le fué forzado desembarcar la gente y caballos, yendo su camino por la costa arriba, pasando grandes trabajos y falta de comida, por causa de los esteros que había en las entradas de los ríos, tan grandes, que les era forzado pasarlos á nado los hombres y los caballos; en lo cual valía mucho la industria y ánimo con que don Francisco los regia, y los peligros en que ponía su persona, pasando muchas veces él mismo á cuestras los que no sabían nadar, hasta que llegaron á un pueblo que estaba junto á la mar, que se llama Coaque, asaz rico de mercaderías, bien poblado y bastecido de comida, donde pudo reformar su gente, que muy flaca la traía, y de allí envió á Panamá y á Nicaragua dos navíos, y en ellos mas de treinta mil castellanos de oro, que había tomado en Coaque, para acreditar la tierra y poner codicia á la gente que pasase á ella. En este pueblo de Coaque se hallaron algunas esmeraldas, y muy buenas, porque están debajo de la línea, y muchas se perdieron y quebraron, porque los que allí iban eran tan poco prácticos en este género de piedras, que les pareció que para ser finas las esmeraldas no se habían de quebrar con martillo, como los diamantes; y así, creyendo que los indios los engañaban con algunas piedras falsas, las daban con una piedra; y así destruyeron grandísimo valor destas esmeraldas; y luego les sobrevino una enfermedad de berrugas, de que arriba tenemos hecha mención, tan general en todo el ejército, que pocos se libraron della; no embargante lo cual, el Gobernador, per-

suadiendo la gente que lo causaba la mala constelacion de la tierra, pasó adelante con ellos hasta la provincia que llamaron Puerto-Viejo, conquistando y pacificando toda aquella comarca; y allí le alcanzó el capitán Benalcázar y Juan Flores, que vinieron de Nicaragua con un navío y alguna gente de pié y de caballo.

CAPITULO II.

De lo que al gobernador le aconteció en la isla de Puna y su conquista.

Pacificada la provincia de Puerto-Viejo, el Gobernador con su gente caminó al puerto de Túmbez, y de allí determinó pasar en balsas que para ello hizo á la isla de Puna, que, como arriba hemos dicho, está frontero de aquel puerto, y pasó los caballos y la gente aquel brazo de mar con gran peligro, porque los indios tenían concertado entre sí de cortar las cuerdas de las balsas y anegar los cristianos que en ella llevaban. Y sabido por el Gobernador, mandó que todos fuesen muy sobre aviso y las espadas desenvainadas, sin que perdiesen de ojo á ningun indio; y llegados á la isla, los indios les salieron de paz y los rescibieron muy bien, aunque los tenían armada celada para los matar todos aquella noche. Y sabido por el Gobernador, dió sobre ellos y los desbarató y prendió al cacique principal, y otro día el real amanejó cercado de gente de guerra. Muy animosamente el Gobernador y sus hermanos apriesa cabalgaron, repartiendo los españoles á todas partes, y envió á socorrer los navíos que cerca de tierra estaban, porque los indios daban sobre ellos por la parte del mar con balsas, y tanto los españoles pelearon, que los desbarataron, matando y hiriendo muchos dellos; y solos dos ó tres españoles allí murieron, aunque otros quedaron mal heridos, especialmente Gonzalo Pizarro, de una peligrosa herida que le dieron en una rodilla. Y después desto, llegó el capitán Hernando de Soto con mas gente de pié y de caballo que de Nicaragua traía, y á causa que todos los indios de aquella isla andaban en muchas balsas por entre los anegados manglares, no se les podía hacer la guerra, el Gobernador acordó pasar en Túmbez, después que hizo repartimiento del oro que allí le dieron, á causa que adolescia la gente en aquella isla, que es muy enferma, porque está cerca de la línea Equinocial.

CAPITULO III.

De cómo el Gobernador pasó á Túmbez, y de la conquista que hizo hasta que pobló á San Miguel.

En esta isla de la Puna, que hemos dicho, había mas de seiscientos indios y mujeres de Túmbez captivos, con

un principal de Túmbez que también estaba captivo, y á todos los libertó el gobernador Pizarro, y les dió balsas para que se fuesen á sus tierras. Y al tiempo que él se embarcó en los navíos para pasar á Túmbez, envió con unos indios de aquellos de Túmbez tres cristianos en una balsa, que primero llegó á Túmbez que los navíos, y en llegando sacrificaron aquellos tres españoles á sus ídolos en pago del beneficio que del gobernador Pizarro habían rescibido en los sacar de captivos, y lo mismo hicieron al capitán Hernando de Soto, que en otra balsa iba con indios de aquella tierra, con un solo criado suyo, entrando ya por el río de Túmbez arriba, si no fuera por Diego de Aguero y por Rodrigo Lozano, que ya habían desembarcado, y corriendo la ribera del río arriba, le avisaron, y dió la vuelta luego; y por estar toda la tierra alzada no hubo balsas para ayudar á desembarcar la gente y caballos; y á esta causa no salieron aquella tarde con el Gobernador en tierra sino Hernando Pizarro y su hermano Juan Pizarro, y el obispo don fray Vicente de Valverde y el capitán Soto, y otros dos españoles que en toda la noche no se apearon de los caballos, y bien mojados, que, como la mar andaba brava, se trastornó la balsa con ellos al salir, á causa que no la supieron meter los españoles sin indios, como no los había; y quedó haciendo desembarcar la gente Hernando Pizarro, y mas de dos leguas el Gobernador anduvo sin poder haber habla con indio ninguno, que todos andaban por los cerros con las armas en las manos; y ya que á la mar se volvía, toparon con el capitán Mena y con el capitán Juan de Salcedo, que á buscar al Gobernador venían con alguna gente de caballo que ya había desembarcado; y recogida toda la gente, el Gobernador asentó el real en Túmbez, y en tanto llegó el capitán Benalcázar, que en la isla había quedado con la gente, que en los navíos no pudo venir en la primera barcada, y hasta que los navíos tornaron por él, siempre los indios le dieron guerra, y mas de veinte días el Gobernador estuvo en Túmbez haciendo mensajeros al señor de aquella tierra, y jamás á las paces quiso venir, y continuo hacía mucho daño en la gente servil del real cuando por comida iban, sin que los españoles le pudiesen ofender, porque estaban de la otra parte del río, hasta que el Gobernador hizo traer balsas de la costa allí sin que los indios lo supiesen. Y una tarde, con sus hermanos Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro, y con el capitán Soto y Benalcázar, pasaron mas de cincuenta de caballo el río en las balsas, y dando una trasnochada muy trabajosa, por ser el camino muy angosto y de espesos montes y de espinos, dieron cuando amaneció sobre el real de los indios, y haciendo cuanto daño pudieron en él, hicieron todos aquellos quince días cruda guerra á fuego y á sangre por los tres españoles que sacrificaron, hasta que el principal señor de Túmbez vino á las paces con algun presente de oro y plata; y luego se partió el Gobernador con la mayor parte de la gente, y con la otra dejó al contador Antonio Navarro y al tesorero Alonso Requelme; y cuando llegó treinta leguas de Túmbez, al río de Poechos, hizo de paz á todos los pueblos y caciques que en la ribera de aquel río vivían, y hizo buscar y descubrir el puerto de Paita, que era el mejor de aquella costa, y envió al capitán Hernando

de Soto á los pueblos y caciques que en la ribera de aquel río vivían, donde, después que algun reencuentro con él hubieron, le vinieron de paz; y por allí llegaron al Gobernador mensajeros del Cuzco, que Guascar le enviaba, haciéndole saber la rebelion de su hermano Atabaliba, que en aquel tiempo no lo habían aun preso, como después lo prendieron, como ya hemos dicho, y le enviaba á decir lo socorriese y le diese favor para se defender dél. El Gobernador envió á Hernando Pizarro á Túmbez para que trajese toda la gente que allí había quedado, y después que volvió por ella pobló la ciudad de San Miguel en un pueblo de indios, llamado Tangarara, en la ribera del río de la Chira, cerca de la mar; porque los navíos que viniesen de Panamá hallasen puerto seguro, porque ya algunos habían venido. Y repartido el oro y plata que allí hubieron, dejando en la ciudad solos los vecinos, el Gobernador se partió con toda la otra gente á la provincia de Caxamalca, porque supo que estaba allí Atabaliba.

CAPITULO IV.

De cómo el Gobernador fué á Caxamalca, y de lo que acaesció allí.

Partido el Gobernador para Caxamalca, pasó con todo su ejército gran necesidad de sed en un despoblado de veinte leguas, en que no hay agua ni árboles, sino toda arena seca y muy calurosa, que es desde donde agora está poblada la ciudad de San Miguel hasta la provincia de Motupe, en la cual halló unos frescos valles y bien poblados, donde pudo bien reformar la gente con la abundancia de comida que allí había; y subiendo por allí á la sierra, topó con un mensajero de Atabaliba, que le traía unos zapatos pintados y unos puñetes de oro, y le dijo que cuando ante él llegase fuese calzado con aquellos zapatos y puestos los puños, para que en ellos le conociese. El Gobernador lo recibió alegremente y respondió que así lo haría, y que él no venía á hacerle mal, ni se le haría si él no le daba muy notoria ocasion para ello; porque el emperador y rey de Castilla, por cuyo mandado él iba, no permitía que á nadie se hiciese daño contra razon. Y como el mensajero se partió, el Gobernador fué tras él, caminando con mucho aviso, porque los indios no viniesen al camino á dar sobre su gente, y cuando llegó á Caxamalca topó otro mensajero, que le vino á decir que no se aposentase sin mandado de Atabaliba. Y á esto ninguna cosa respondió el Gobernador mas que hacer su aposento, y después de hecho, envió al capitán Soto con hasta veinte de á caballo al real de Atabaliba, que estaba una legua de allí, á la hacer saber su venida; y cuando Soto llegó al real, en presencia de Atabaliba arremetió el caballo, y algunos indios, con miedo, se desviaron de la carrera, por lo cual Atabaliba los hizo luego matar; y Atabaliba no le había querido dar respuesta ninguna hasta que llegó Hernando Pizarro, á quien el Gobernador había enviado tras Hernando de Soto, con otra cierta gente de caballo, sino que hablaba con otro cacique, y aquel cacique con la lengua, y la lengua con Soto, y en llegando Hernando Pizarro luego habló con él derechamente por medio de solo el intérprete, y Hernando Pizarro le dijo cómo el Gobernador, su hermano, venía á él de parte de su majestad, que para le dar á entender su real vo-

luntad deseaba verse con él y ser su amigo. A lo cual respondió Atabaliba que él sería contento de su amistad con que volviese á los indios todo el oro y plata que en su tierra había tomado, y se fuese luego della, y que para dar órden en esto otro día se iría á ver con el Gobernador al tambo de Caxamalca. Y después de haber visto Hernando Pizarro el real poblado de tantas tiendas y gente de guerra, que parecía una ciudad, se volvió con aquella respuesta al Gobernador; y dándosela, y contándole particularmente lo que había visto, le puso algun temor, porque para cada cristiano había cien indios; pero, como el Gobernador y todos los demás de su real eran de grande ánimo, aquella noche se esforzaron unos á otros, considerando que no tenían otro socorro sino el de Dios, en cuya ayuda esperaban, haciendo lo que en sí era, como hombres animosos; y en toda aquella noche estuvieron guardando el real y aderezando sus armas, sin dormir en toda ella.

CAPITULO V.

Cómo se dió la batalla contra Atabaliba, y cómo fué preso.

Luego, otro día de mañana, el Gobernador ordenó su gente, partiendo los sesenta de á caballo que había en tres partes, para que estuviesen escondidos con los capitanes Soto y Benalcázar; y de todos dió cargo á Hernando Pizarro y á Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro, y él se puso en otra parte con la infantería, prohibiendo que nadie se moviese sin su licencia ó hasta que disparase la artillería. Atabaliba tardó gran parte del día en ordenar su gente, y señalando lugar por donde cada capitán había de entrar, y mandó que por cierta parte se creta, hacía la parte por donde habían entrado los cristianos, se pusiese un capitán suyo, llamado Ruminagui, con cinco mil indios, para que guardase las espaldas á los españoles y matase á todos los que volviesen huuyendo. Y luego Atabaliba movió su campo tan despacio, que mas de cuatro horas tardó en andar una pequeña legua. El venia en una litera, sobre hombros de señores, y delante dél trecientos indios vestidos de una librea, quitando todas las piedras y embarazos del camino, hasta las pajas, y todos los otros caciques y señores venian tras él en andas y hamacas, teniendo en tan poco los cristianos, que los pensaban tomar á manos; porque un gobernador indio había enviado á decir á Atabaliba cómo eran los españoles muy pocos, y tan torpes y para poco, que no sabían andar á pié sin cansarse; y por eso andaban en unas ovejas grandes, que ellos llamaban caballos; y así, entró en un cercado que está delante del tambo de Caxamalca; y como vió tan pocos españoles, y esos á pié (porque los de á caballo estaban escondidos), pensó que no osarian parecer delante dél ni le esperarían; y levantándose sobre las andas, dijo á su gente: «Estos rendidos están;» y todos respondieron que sí. Y luego llegó el obispo don fray Vicente de Valverde con un *Breviario* en la mano, y le dijo cómo un Dios en Trinidad había criado el cielo y la tierra y todo cuanto había en ello, y hecho á Adán, que fué el primero hombre de la tierra, sacando á su mujer Eva de su costilla, de donde todos fuimos engendrados, y como por desobediencia destes nuestros primeros padres caímos todos en pecado, y no alcanzábamos gracia para ver á

Dios ni ir al cielo, hasta que Cristo, nuestro redentor, vino á nacer de una virgen por salvarnos, y para este efecto rescibió muerte, pasión; y después de muerto, resuscitó glorificado, y estuvo en el mundo un poco de tiempo, hasta que se subió al cielo, dejando en el mundo en su lugar á san Pedro y á sus sucesores, que residían en Roma, á los cuales los cristianos llamaban papas; y estos habían repartido las tierras de todo el mundo entre los principes y reyes cristianos, dando á cada uno cargo de la conquista, y que aquella provincia suya había repartido á su majestad del emperador y rey don Carlos, nuestro señor, y su majestad había enviado en su lugar al gobernador don Francisco Pizarro para que le hiciese saber de parte de Dios y suya todo aquello que le había dicho; que si él quería creerlo y rescibir agua de bautismo y obedecerle, como lo hacía la mayor parte de la cristiandad, él le defendería y ampararía, teniendo en paz y justicia la tierra, y guardándoles sus libertades, como lo solía hacer á otros reyes y señores que sin riesgo de guerra se le sujetaban; y que si lo contrario hacía, el Gobernador le daría cruda guerra á fuego y sangre, con la lanza en la mano; y que en lo que tocaba á la ley y creencia de Jesucristo y su ley evangélica, que si, después de bien informado della, él de su voluntad la quisiese crear, que haría lo que convenia á la salvacion de su ánima; donde no, que ellos no le harían fuerza sobre ello. Y después que Atabaliba todo esto entendió, dijo que aquellas tierras y todo lo que en ellas había las había ganado su padre y sus abuelos, los cuales las habían dejado á su hermano Guascar inga, y que por haberle vencido y tenerle preso á la sazón eran suyas y las poseía, y que no sabía él cómo san Pedro las podía dar á nadie; y que si las había dado, que él no consentía en ello ni se le daba nada; y á lo que decía de Jesucristo, que había criado el cielo y los hombres y todo, que él no sabía nada de aquello ni que nadie criase nada sino el sol, á quien ellos tenían por dios, y á la tierra por madre, y á sus guacas; y que Pachacamá lo había criado todo lo que allí había, que de lo de Castilla él no sabía nada ni lo había visto; y preguntó al Obispo que cómo sabría él ser verdad todo lo que había dicho, ó por dónde se lo daría á entender. El Obispo dijo que en aquel libro estaba escrito que era escriptura de Dios. Y Atabaliba le pidió el *Breviario* ó *Biblia* que tenía en la mano; y como se lo dió, lo abrió, volviendo las hojas á un cabo y á otro, y dijo que aquel libro no le decía á él nada ni le hablaba palabra, y le arrojó en el campo. Y el Obispo volvió adonde los españoles estaban, diciendo: «A ellos, á ellos;» y como el Gobernador entendió que si esperaba que los indios le acometiesen primero, los desbaratarían muy fácilmente, se adelantó, y envió á decir á Hernando Pizarro que hiciese lo que había de hacer. Y luego mandó disparar el artillería, y los de caballo acometieron por tres partes en los indios, y el Gobernador acometió con la infantería hacía la parte donde venia Atabaliba; y llegando á las andas, comenzaron á matar los que las llevaban, y apenas era muerto uno, cuando en lugar dél se ponían otros muchos á mucha porfia. Y viendo el Gobernador que si se dilataba mucho la defensa los desbaratarían, porque aunque ellos matasen muchos in-

dios, importaba mas un cristiano, arremetió con gran furia á la litera, y echando mano por los cabellos á Atabaliba (que los traía muy largos), tiró recio para sí y le derribó, y en este tiempo los cristianos daban tantas cuchilladas en las andas, porque eran de oro, que hirieron en la mano al Gobernador; pero en fin él le echó en el suelo, y por muchos indios que cargaron, le prendió. Y como los indios vieron á su señor en tierra y preso, y ellos acometidos por tantas partes y con la furia de los caballos, que ellos tanto temían, volvieron las espaldas y comenzaron á huir á toda furia, sin aprovecharse de las armas, y era tanta la priesa, que con huir los unos derribaban los otros; y tanta gente se arrimó hacía una esquina del cercado donde fué la batalla, que derribaron un pedazo de la pared, por donde pudieron salirse; y la gente de caballo continuo fué en el alcance hasta que la noche les hizo volver. Y como Ruminagui oyó el sonido de la artillería y vió que un cristiano despeñó de una atalaya abajo al indio que le había de hacer la seña para que acudiese, entendió que los españoles habían vencido, y se fué con toda su gente huuyendo, y no paró hasta la provincia de Quito, que es mas de docientas y cincuenta leguas de allí, como adelante se dirá.

CAPITULO VI.

De cómo Atabaliba mandó matar á Guascar, y cómo Hernando Pizarro fué descubriendo la tierra.

Preso Atabaliba, otro día de mañana fueron á coger el campo, que era maravilla de ver tantas vasijas de plata y de oro como en aquel real había, y muy buenas, y muchas tiendas y otras ropas y cosas de valor, que mas de sesenta mil pesos de oro valía sola la vajilla de oro que Atabaliba traía, y mas de cinco mil mujeres á los españoles se vinieron de su buena gana de las que en el real andaban. Y después de todo recogido, Atabaliba dijo al Gobernador que, pues preso lo tenía, lo tratase bien, y que por su liberacion él le daría una cuadra que allí había, llena de vasijas y de piezas de oro y tanta plata, que llevar no la pudiese. Y como entendió que de aquello que decía el Gobernador se admiraba, como que no lo creía, le tornó á decir que mas que aquello le daría; y el Gobernador se le ofresció que él lo trataría muy bien, y Atabaliba se lo agradeció mucho, y luego por toda la tierra hizo mensajeros, especialmente al Cuzco, para que se recogiese el oro y plata que había prometido para su rescate, que era tanto, que parecía imposible cumplirlo, porque les había de dar un portal muy largo que estaba en Caxamalca, hasta donde el mismo Atabaliba estando en pié pudo alcanzar con la mano todo el derredor lleno de vasijas de oro, segun le dicho; y para este efecto hizo señalar esta altura con una línea colorada al derredor del portal; y aunque después cada día entraba en el real gran cantidad de oro y plata, no les pareció á los españoles tanto, que fuese parte para solamente comenzar á cumplir la promesa. Por lo cual mostraron andar descontentos y murmurando, diciendo que el término que había señalado Atabaliba para dar su rescate era pasado, y que no vian aparejo ellos de poderse traer; de donde inferían que esta dilacion era á efecto de juntarse gente para venir

sobre ellos y destruirlos. Y como Atabaliba era hombre de tan buen juicio, entendió el descontento de los cristianos, y preguntó al Marqués la causa dello, el cual se la dijo, y él le replicó que no tenía razon de quejarse de la dilacion, pues no había sido tanta que pudiese causar sospecha, y que debían tener consideracion á que la principal parte de donde se había de traer aquel oro era la ciudad del Cuzco, y que desde Caxamalca á ella había cerca de docientas leguas muy largas y de mal camino, y que habiéndose de traer sobre hombros de indios, no debían tener aquella por tardanza larga, y que ante todas cosas, ellos se satisficiesen si les podía dar lo que les había prometido ó no, y que hallando que era verdadera la posibilidad, les hacia poco al caso que tardase un mes mas ó menos; y que esto se podría hacer con darle una ó dos personas que fuesen al Cuzco á lo ver, y que les pudiesen traer nuevas. Muchas opiniones hubo en el real sobre si se averiguaria esta determinacion que Atabaliba pedía, porque se tenía por cosa peligrosa fiarse nadie de los indios para meterse en su poder; de lo cual Atabaliba se rió mucho, diciendo que no sabía él por qué había de rehusar ningun español de confiarse de su palabra y ir al Cuzco debajo della, quedando él allí atado con una cadena, con sus mujeres y hijos y hermanos en rehenes. Y así, con esto se determinaron á la jornada el capitán Hernando de Soto y Pedro del Barco, á los cuales envió Atabaliba en sendas hamacas, con mucha copia de indios que los llevaban en hombros casi por la posta, porque no es en mano de los indios ir despacio con las hamacas; y aunque no son mas de dos los que las llevan, todo el número de los hamaqueros (que por lo menos serian cincuenta ó sesenta para cada uno) van corriendo, y en andando ciertos pasos se mudan otros dos, en lo cual tienen tanta destreza, que lo hacen sin pararse. Pues desta manera caminaron Hernando de Soto y Pedro del Barco la via del Cuzco, y á pocas jornadas de Caxamalca tomaron los capitanes y gente de Atabaliba que traían preso á Guascar, su hermano; el cual, como supo de los cristianos, los quiso hablar y habló, y informado muy bien dellos de todas las particularidades que quiso saber, como oyó que el intento de su majestad, y del Marqués en su nombre, era tener en justicia así á los cristianos como á los indios que conquistasen, y dar á cada uno lo suyo, les contó la diferencia que había entre él y su hermano, y cómo, no solamente le quería quitar el reino (que por derecha sucesion le pertenecía, como al hijo mayor de Guaynacaba), pero que para este efecto le traía preso y le quería matar, y que les rogaba que se volviesen al Marqués y de su parte le contasen el agravio que le hacían, y le suplicasen que, pues ambos estaban en su poder, y por esta razon él era señor de la tierra, hiciese entre ellos justicia, adjudicando el reino á quien perteneciese, pues decían que este era su principal intento; y que si el Marqués lo hacia, no solamente cumpliría lo que por su hermano se había proferido de dar en el tambo ó portal de Caxamalca un estado de hombre lleno de vasijas de oro, pero que le hincharía todo el tambo hasta la techumbre, que era tres tanto mas; y que se informasen y supiesen si él podía hacer mas fácilmente aquello que su hermano lo

otro; porque para cumplir Atabaliba lo que habia prometido le era forzoso deshacer la casa del sol del Cuzco, que estaba toda labrada de tablones de oro y plata igualmente, por no tener otra parte donde haberlo; y él tenia en su poder todos los tesoros y joyas de su padre, con que fácilmente podía cumplir mucho mas que aquello; en lo cual decia verdad, aunque los tenia todos enterrados en parte donde persona del mundo no lo sabia, ni después acá se ha podido hallar, porque los llevó á enterrar y esconder con mucho número de indios que lo llevan á cuestras, y en acabando de enterrarlos mató á todos para que no lo dijese ni se pudiese saber, aunque los españoles, después de pacificada la tierra y agora, cada dia andan rastreando con gran diligencia y cavando hácia todas aquellas partes donde sospechan que lo metió; pero nunca han hallado cosa ninguna. Hernando de Soto y Pedro del Barco respondieron á Guascar que ellos no podian dejar el viaje que llevaban, y á la vuelta (pues habia de ser tan presto) entenderian en ello; y así, continuaron su camino, lo cual fué causa de la muerte de Guascar y de perderse todo aquel oro que les prometia; porque los capitanes que le llevaban preso hicieron luego saber por la posta á Atabaliba todo lo que habia pasado, y era tan sagaz Atabaliba, que consideró que si á noticia del Gobernador venia esta demanda, que así por tener su hermano justicia como por la abundancia de oro que prometia (á lo cual tenia ya entendido la afición y codicia que tenían los cristianos), le quitarian á él el reino y le darian á su hermano, y aun podría ser que le matasen por quitar de medio embarazos, tomando para ello ocasion de que contra razon habia prendido á su hermano y alzándose con el reino. Por lo cual determinó de hacer matar á Guascar, aunque le ponía temor para no lo hacer haber oido muchas veces á los cristianos que una de las leyes que principalmente se guardaban entre ellos era que el que mataba á otro habia de morir por ello; y así, acordó tentar el ánimo del Gobernador para ver qué sentiria sobre el caso; lo cual hizo con mucha industria, que un dia fingió estar muy triste y llorando y sollozando, sin querer comer ni hablar con nadie; y aunque el Gobernador le importunó mucho sobre la causa de su tristeza, se hizo de rogar en decirla; y en fin le vino á decir que le habian traído nueva que un capitan suyo, viéndole á él preso, habia muerto á su hermano Guascar, lo cual él habia sentido mucho, porque le tenia por hermano mayor y aun por padre; y que si le habia hecho prender no habia sido con intencion de hacerle daño en su persona ni reino, salvo para que le dejase en paz la provincia de Quito, que su padre le habia mandado después de haberla ganado y conquistado, siendo cosa fuera de su señorío. El Gobernador le consoló que no tuviese pena; que la muerte era cosa natural, y que poca ventaja se llevarian unos á otros, y que cuando la tierra estuviese pacífica él se informaria quiénes habian sido en la muerte y los castigaría. Y como Atabaliba vió que el Marqués tomaba tan livianamente el negocio, deliberó ejecutar su propósito; y así, envió á mandar á los capitanes que traian preso á Guascar que luego le matasen. Lo cual se hizo con tan gran presteza, que apenas se pudo averiguar después si cuando hizo

Atabaliba aquellas apariencias de tristeza habia sido antes ó después de la muerte. De todo este mal suceso comunmente se echaba la culpa á Hernando de Soto y Pedro del Barco por la gente de guerra, que no están informados de la obligacion que tienen las personas á quien algo se manda (especialmente en la guerra) de cumplir precisamente su instruccion, sin que tengan libertad de mudar los intentos segun el tiempo y negocios, si no llevan expresa comision para ello; dicen los indios que cuando Guascar se vido matar dijo: «Yo he sido poco tiempo señor de la tierra, y menos lo será el traidor de mi hermano, por cuyo mandado muero, siendo yo su natural señor.» Por lo cual los indios, cuando después vieron matar á Atabaliba (como se dirá en el capítulo siguiente), creyeron que Guascar era hijo del sol, por haber profetizado verdaderamente la muerte de su hermano; y asimismo dijo que cuando su padre se despidió de él le dejó mandado que cuando á aquella tierra viniese una gente blanca y barbada se hiciese su amigo, porque aquellos habian de ser señores del reino, lo cual pudo bien ser industria del demonio, pues antes que Guaynacaba muriese ya el Gobernador andaba por la costa del Perú conquistando la tierra. Pues en tanto que el Gobernador quedó en Caxamalca, envió á Hernando Pizarro, su hermano, con cierta gente de á caballo á descubrir la tierra; el cual llegó hasta Pachacamá, que era cien leguas de allí, y en tierra de Guamaeuchó encontró á un hermano de Atabaliba, llamado Illéscas, que traía mas de treientos mil pesos de oro para el rescate de su hermano, sin otra mucha cantidad de plata; y después de haber pasado por muy peligrosos pasos y puentes, llegó á Pachacamá, donde supo que en la provincia de Jauja, que era cuarenta leguas de allí, estaba el capitan de Atabaliba de quien arriba se ha hecho mencion, llamado Cilicuchima, con un gran ejército, y él le envió á llamar, rogándole que se viniese á ver con él. Y como no quiso venir el indio, Hernando Pizarro determinó de ir allá y le habló, aunque todos tuvieron por demasiada osadía la que Hernando Pizarro tuvo en irse á meter en poder de su enemigo bárbaro y tan poderoso; en fin, le dijo y prometió tales cosas, que le hizo derramar la gente é irse con él á Caxamalca á ver á Atabaliba, y por volver mas presto vinieron por las cordilleras de unas sierras nevadas, donde hubieran de perecer de frio; y cuando Cilicuchima hubo de entrar á ver á Atabaliba se descalzó y llevó su carga ante él, segun su costumbre, y le dijo llorando que si él con él se hallara no le prendieran los cristianos. Atabaliba le respondió que habia sido juicio de Dios que le prendiesen, por tenerlos él en tan poco, y que la principal causa de la prision y vencimiento habia sido huir su capitan Ruminagui con los cinco mil hombres con que habia de acudir al tiempo de la necesidad.

CAPITULO VII.

De cómo mataron á Atabaliba porque le levantaron que queria matar á los cristianos, y de cómo fué don Diego de Almagro al Perú la segunda vez.

Estando el gobernador don Francisco Pizarro en la provincia de Poechos, antes que llegase á Caxamalca

(como está dicho), rescibió una carta sin firma, que después se supo haberla escrito un secretario de don Diego de Almagro desde Panamá, dándole aviso como don Diego habia hecho un gran navio para con él y con otros embarcarse con la mas gente que pudiese, y irle á tomar la delantera, y á posesionarse en la mejor parte de la tierra, que era pasados los límites de la gobernacion de don Francisco; la cual, conforme á las provisiones que habia llevado de su majestad, duraba desde la línea Equinocial docientas y cincuenta leguas adelante norte sur; de la cual carta el Gobernador á nadie dió parte; y así, se dijo y creyó que don Diego se habia embarcado en Panamá con ciertos navios y gente, y hecho á la vela para el Perú con este intento, aunque tocando en la tierra de Puerto-Viejo. Y sabido el buen suceso del Gobernador, y cómo tenia tanta cantidad de oro y plata, de lo cual le pertenecia la mitad, mudó el propósito (si es verdad que le traía). Y porque tuvo noticia del aviso que se habia dado al Gobernador, ahorcó su secretario, y con toda aquella gente se fué á juntar con el Gobernador á Caxamalca, donde halló ya junta gran parte del rescate de Atabaliba, con grande admiracion de los unos y de los otros, porque no se creía haberse visto en el mundo tanto oro y plata como allí habia; y así, el dia que se hizo el ensaye y fundicion del oro y plata que llamaban de la compañía, se halló montarse en el oro mas de seiscientos cuentos de maravedis; y esto con haberse ensayado el oro muy deprieta, y con solamente las puntas, porque no habia agua fuerte para afinar el ensaye; de cuya causa siempre se ensayaba el oro dos ó tres quilates menos de la ley, que después pareció tener por el verdadero ensaye, en que se acrecentó la hacienda mas de cien cuentos de maravedis. Y cuanto á la plata, hubo mucha cantidad; tanto, que á su majestad le perteneció de su real quinto treinta mil marcos de plata, blanca, tan fina y cendrada, que mucha parte della se halló después ser oro de tres ó cuatro quilates; y del oro cupo á su majestad de quinto ciento y veinte cuentos de maravedis; de manera que á cada hombre de á caballo le cupieron mas de doce mil pesos en oro, sin la plata, porque estos llevaban una cuarta parte mas que los peones, y aun con toda esta suma no se habia concluido la centésima parte de lo que Atabaliba habia prometido dar por su rescate. Y porque á la gente que vino con don Diego de Almagro, que era mucha y muy principal, no le pertenecia cosa ninguna de aquella hacienda, pues se daba por el rescate de Atabaliba, en cuya prision ellos no se habian hallado, el Gobernador les mandó dar todavía á mil pesos para ayuda de la costa, y acordó de enviar á Hernando Pizarro á dar noticia á su majestad del próspero suceso que en su buena ventura habia habido. Y porque entonces no se habia hecho la fundicion y ensaye, ni se sabia cierto lo que podría pertenecer á su majestad de todo el monton, trajo cien mil pesos de oro y veinte mil marcos de plata; para los cuales escogió las piezas mas abultadas y vistosas, para que fuesen tenidas en mas en España; y así, trajo muchas tinajas y braseros y atambores, y carneros y figuras de hombres y mujeres, con que hinchó el peso y valor arriba dicho, y con ello se fué á embarcar, con gran pesar y sentimiento de Atabaliba,

que le era muy aficionado y comunicaba con él todas sus cosas; y así, despidiéndose de él, le dijo: «Vaste, capitan, pésame dello; porque en yéndote tú, sé que me han de matar este gordo y este tuerto;» lo cual decia por don Diego de Almagro, que, como hemos dicho arriba, no tenia mas de un ojo, y por Alonso de Quelme, tesorero de su majestad, á los cuales habia visto murmurar contra él por la razon que adelante se dirá. Y así fué, que, partido Hernando Pizarro, luego se trató la muerte de Atabaliba por medio de un indio que era intérprete entre ellos, llamado Filipillo, que habia venido con el Gobernador á Castilla; el cual dijo que Atabaliba queria matar á todos los españoles secretamente, y para ello tenia apercebida gran cantidad de gente en lugares secretos; y como las averiguaciones que sobre esto se hicieron era por lengua del mismo Filipillo, interpretaba lo que queria, conforme á su intencion. La causa que le movió nunca se pudo bien averiguar, mas de que fué una de dos: ó que este indio tenia amores con una de las mujeres de Atabaliba, y quiso con su muerte gozar della seguramente, lo cual habia ya venido á noticia de Atabaliba; y él se quejó dello al Gobernador, diciendo que sentia mas aquel desacato que su prision ni cuantos desastres le habian venido, aunque se le siguiese la muerte con ellos; que un indio tan bajo le tuviese en tan poco y le hiciese tan gran afrenta, sabiendo él la ley que en aquella tierra habia en semejante delito; porque el que se hallaba culpado en él, y aun el que solamente lo intentaba, le quemaban vivo con la misma mujer, si tenia culpa, y mataban á sus padres é hijos y hermanos y á todos los otros parientes cercanos, y aun hasta las ovejas del tal adúltero; y demás desto, despoblaban la tierra donde él era natural, sembrándola de sal y cortando los árboles, y derribando las casas de toda la poblacion, y haciendo otros muy grandes castigos en memoria del delito. Otros dicen que la principal causa de la muerte de Atabaliba fué la gran diligencia y maña que tuvieron para encaminarla esta gente que fué con don Diego de Almagro por su interés particular; porque les decian los que habian hecho la conquista que, no solamente no tenian ellos parte en todo el oro y plata que hasta entonces estaba dado, pero ni en todo lo que de allí adelante se diese, hasta que fuese cumplida toda la suma del rescate de Atabaliba, que parecia no poderse hinchir aunque se juntase para ello todo cuanto oro habia en el mundo, pues resultaba todo ello del rescate de aquel príncipe, cuya prision se habia hecho con su industria y trabajo, sin que los de don Diego interviesen en ello; y así, les pareció á los de don Diego que les convenia encaminar la muerte de Atabaliba, porque mientras él fuese vivo, todo cuanto oro ellos allegasen dirian que era rescate, y que no habian de participar los otros en ello; y como quier que fuese, le condenaron á muerte, de lo cual él se admiraba mucho, diciendo que él nunca tal cosa habia pensado como se le levantaba, y que le doblasen las prisiones y guardas ó le metiesen en uno de sus navios en la mar. Y dijo al Gobernador y á los principales señores: «No sé por qué me tenéis por hombre de tan poco juicio, que penseis que os quiero hacer traicion; pues si creéis que esta